



VAMOS A HABLAR DE LA IGLESIA Y DE SUS COMIENZOS (1)

Desde la creación del Universo, las relaciones de Dios con sus criaturas han sido cercanas. Con Israel, Dios elige un pueblo que, a través de mil vicisitudes, se convierte en el ámbito en el que nacerá su Hijo. La Encarnación constituye la plenitud de los tiempos, con la venida de Dios al mundo, donde Jesucristo, convocará al género humano para convertirse en su pueblo. Recordemos sus palabras ante Pilatos: **“... Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz»** (Jn 18, 37).



EN CUALQUIER
LUGAR DONDE
LOS CRISTIANOS
SE REÚNEN
EN ORACIÓN
CON MARÍA,
EL SEÑOR DONA
SU ESPÍRITU.
BENEDICTO XVI

Al resucitar, Jesús hace la promesa a la Iglesia naciente de que el Espíritu Santo permanecerá en su seno a lo largo de los siglos. La Iglesia está enraizada en el mundo, lo que explica también la debilidad de sus miembros, sus pecados y, también, por supuesto, la vida de gracia de muchos de ellos.

La Encarnación de Cristo marca un antes y un después en la historia de la humanidad. La lucha de la Iglesia es la de conseguir que los hombres se acerquen a ese Reino de Dios, pero como ya sabemos, Dios ha dotado al hombre de auténtica libertad, sino sería una marioneta o un robot. Los cristianos no pocas veces actuamos en contra de los deseos y enseñanzas de Jesús, por eso hablamos de una Iglesia santa y pecadora al mismo tiempo, porque entre los fieles existen y coexisten santos y pecadores. Al mismo tiempo, la Iglesia a lo largo de los siglos, ha sido muy consciente de la eficacia de la promesa de Jesús: **«Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos»** (Mt 28, 20). Cristo es el fundamento, la piedra angular de la Iglesia, y la liturgia actualiza permanentemente esta presencia vivificante de Cristo también en nuestros días.

Conviene destacar la vida y espiritualidad auténtica de muchos cristianos. Empezamos por aquellos cuyas vidas han sido y siguen siendo testimonios de verdadera heroicidad con una fidelidad a Dios a prueba de dificultades, y una fe del tipo de la que Jesús pidió al apóstol Tomás y a los

cuales la Iglesia ha proclamado como dignos de veneración y de imitación, los santos; continuamos admirando la increíble valentía, fortaleza y testimonio de muchas personas de todas las épocas que han sido y siguen siendo sacrificados con motivo de su fe, a veces sufriendo dolorosísimos martirios. Finalmente es obligado reconocer la realidad de numerosos cristianos, creyentes silenciosos, en todo el mundo, con una generosidad en sus vidas que solo Dios puede juzgar, y que pertenecen a esos justos que Dios los tiene en cuenta para perdonar a los demás.

A veces, de una manera simplista, se reduce la historia de la Iglesia a la vida de sus figuras más representativas, papas, obispos y sacerdotes, pero en esa Iglesia estamos incluidos todos, también los seglares, los laicos, todos los cristianos.

Y no podemos olvidar la razón de ser más profunda de la Iglesia, que es la de llevar a cabo la permanente petición de Cristo a sus discípulos: **“Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación”**. (Mc 16, 15), Absolutamente todos los creyentes tenemos este increíble privilegio, empezando por enseñar el resumen que hizo Cristo: **“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente”. Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. En estos dos mandamientos se sostienen toda la Ley y los Profetas**». (Mt 22, 37-40).

En Asís, Italia, en la basílica de san Francisco, Giotto, pintó un cuadro describiendo el sueño del papa Inocencio III: un fraile, san Francisco, sostenía una iglesia que estaba resquebrajándose. Pero resulta difícil saber quién sostenía a quién. El gran san Francisco renovó y purificó la Iglesia, la sostuvo, pero, al mismo tiempo, esta Iglesia respaldó, dio fuerzas y horizonte a la aventura de los frailes franciscanos.

En verdad este «pueblo de Dios» está compuesto por toda clase de realidades, genios y mediocres, santos y pecadores, entusiastas y apáticos, pero nunca han faltado los justos que lo han justificado y regenerado. En este sentido, hay que decir que no encontraremos un pueblo, una sociedad, una historia, que presente tanta generosidad, tal entusiasmo abnegado por crear una sociedad mejor y más humana, tantas personalidades atrayentes cuyas vidas han estado dedicadas a promocionar la verdad, la bondad y la justicia.

Texto basado en el libro “Historia de la Iglesia, desde los orígenes hasta nuestros días”, de Juan María Laboa, S.J.